

–Su Programa para una poesía *compuesto de La muerte, El odio, Las bestias, El hombre, El deseo, escrito cuando usted tenía tan sólo 24 años nos sorprende por su madurez y su alcance. ¿Cómo podía tener una visión tan clara a una edad tan temprana?*

–Bueno: fui un lector devorante desde niño y eso quizás lo explica. Curiosamente nunca he vivido de mi vocación literaria pues siempre he tenido trabajos que no tienen nada que ver con la poesía pero eso quizás es lo que me ha permitido tener con la poesía una relación continua, seguida y lo más fiel posible. *Programa para una poesía* es, como su nombre lo indica, un repensar lo que uno ha escrito para ponerlo en cierto orden.

–*El fragmento que más me impresiona de ese programa es El hombre por la manera como desnuda nuestras debilidades; sin embargo es del hombre de quien se debe hacer el canto, ¿no?*

–Sí claro, hay que aprender siempre a estar junto al hombre. Espero que en este fragmento se note que estoy hablando principalmente de mí y luego, claro está, del hombre, del ser humano.

–*Y el viaje, ¿cómo debemos practicarlo?*

–El viaje tiene que nacer del puro azar y no buscar nada en su cometido. Desplazarse simplemente para conseguir una serie de imágenes pero no buscar esas imágenes sino simplemente dejar que lleguen. Como lo digo cuando hablo de las caravanas «una caravana no simboliza ni representa cosa alguna. Nuestro error consiste en pensar que va hacia alguna parte o viene de otra. La caravana agota su significado en su mismo desplazamiento. Lo saben las bestias que la componen, lo ignoran los caravaneros».

Ay del escritor que viaja para ilustrarse y buscar temas. El viaje no ilustra, eres tú el que debe ilustrar el viaje, porque eres tú el que se coloca frente a los paisajes y las cosas y el que debe preguntarse qué le suscitan esos paisajes y esas cosas.

–*En esas líneas que nos acaba de citar aparecen las bestias como criaturas sabias. ¿Por qué ha dicho usted en otro fragmento que son las bestias las encargadas de abrir nuestras mejores heridas?*

–Mire: yo tengo un gran cariño y una gran admiración por los animales y cuanto más estoy con ellos y más lo veo, más me percató de que se dan cuenta de muchas cosas que nosotros creemos que ignoran y a veces nos dan

unas lecciones de fidelidad y buen tino que deberíamos aprender. Deberíamos aprender también a estar en contacto con la naturaleza de verdad, no intelectualizar la naturaleza y convertirla en una experiencia intelectual sino entregarse a esa realidad; hay que ver revolcarse a un animal en medio de la hierba para saber qué es lo que nosotros deberíamos hacer y no sabemos hacer.

*–En su poesía contrasta la desnudez del lenguaje con la profundidad del mensaje. En ella la adjetivación y la paradoja ocupan un papel preponderante, al contrario de la metáfora que aparece de manera menos frecuente. ¿Qué opina de la metáfora como vehículo expresivo?*

–Hay que desconfiar de la metáfora. La metáfora es la manera más fácil y directa de pasar un instante de poesía al papel pero hay que tener cuidado porque se puede caer fácilmente en el preciosismo, en el simplismo, en fin, en la muerte de la poesía.

*–También nos aconseja desconfiar de la memoria. Sin embargo es la memoria la que sustenta nuestros días. ¿Cómo podríamos hacer para evitar el engaño de la memoria?*

–Simplemente no magnificarla, no ponerla como el único testimonio de nuestro paso por la tierra. Saber que la debemos tener y que la debemos cultivar pero siempre ha de estar unida a la sensibilidad, a la reflexión y a muchas otras cosas.

*–En su libro Celebración y otros fantasmas vemos a Álvaro Mutis como un lector infatigable frecuentando a Dickens, Conrad, Salgari y otros autores desde los ocho años de edad.*

–Se trata de un recorrido por lo que Valery Larbaud llamaba *ce vice impuni la lecture*, ese vicio impune la lectura, que unido al de escribir hace que las posibilidades de registrar el mundo se tornen cada día más presentes.

*–En esas entrevistas con García Aguilar menciona usted que han existido grandes prosistas que, no obstante, han sido pésimos novelistas. ¿Nos podría ampliar la idea?*

–Hay varios, uno de estos autores es Chateaubriand a quien yo admiro enormemente pero sus novelas me parecen lamentables, es que una es peor que otra. *Atalá*, *René* y *El último abencerraje* con esa suerte de pintores-

quismo que les da son el ejemplo de cómo no se debe narrar nada, pero ese señor escribió las *Memorias de ultratumba* que es un libro enorme.

Otro autor es Flaubert que todo el mundo lo asocia con *Madame Bovary* pero para mí la gran novela de Flaubert es *La educación sentimental* que es donde él se juega todo, pone todas las fichas en la mesa y dice ¿qué pasa conmigo?

–Entre los posibles antepasados de Maqroll hemos encontrado uno que quizás no le han señalado; se trata de Catrame, ese gaviero narrador de historias que aparece en *El buque maldito de Salgari*. ¿Cree usted que podemos incluir este personaje dentro de la parentela de Maqroll?

–Ah, que maravilla, nunca lo había pensado. Siempre fui un buen lector de Salgari pero no respondo de mi subconsciente. Hay una novela de Salgari muy bella que les recomiendo: *Los hijos del aire*.

–Maqroll siempre aparece en sus aventuras acompañado de libros que se hallan aparentemente alejados de sus empresas. Uno de esos libros es las *Memorias de ultratumba de Chateaubriand*. ¿Se debe esta inclusión a algún homenaje que usted quiere brindar a este autor por todo lo que ha significado en su obra?

–No, creo simplemente que a una persona como Maqroll las *Memorias de ultratumba* le dicen muchísimo y lo acompañan enormemente. Ese es un libro muy maduro en el que hay una amargura y una distancia con los incidentes y los hechos que en ese momento eran, al parecer, históricos que pienso que a Maqroll le deberían parecer muy divertidos.

–Chateaubriand tenía la costumbre de visitar cementerios porque decía «yo nunca me olvido de los muertos, son nuestra familia». ¿No tiene una costumbre parecida, no visita cementerios en Europa u otro sitio?

–Siempre voy a dejar flores en la tumba de Chopin, a dejar flores en la tumba de Proust. Ahora acabo de dejar flores en la tumba de Stravinsky y Joseph Brodski a quien conocí en México.

–Hablemos un poco de la presencia de la pintura en su obra. ¿Cuáles son sus pintores favoritos?

–Creo que el más grande pintor de todas las épocas es Velázquez. Algo que hago siempre que vengo a España es visitarlo en el Prado.

–Claro, por eso ese sorprendente verso «La España del oficial de blanco colete que parece pedir silencio desde las lanzas de Velázquez». ¿Cómo hizo para reparar en ese gesto del oficial?

–Eso es algo que cualquiera advierte porque entre todos esos hombres de armas destaca él, que es el más guapo y que parece pedir silencio en ese momento y cuando escribía sobre España me vino a la mente esa imagen.

–¿Qué es para usted hacer poesía y qué le recomienda a los jóvenes poetas?

–Hay una frase de Gonzalo Rojas que dice: «casi todo es otra cosa» pues esa otra cosa es la poesía. Hacer poesía es también luchar ferozmente con las palabras. A mí las palabras se me vuelven a veces como auténticos felinos y esa lucha brutal con el lenguaje es la que me ha llevado a quemar más poesía de la que he publicado. A los jóvenes les aconsejo únicamente poner el alma en lo que escriben y además algo en lo que parezco un viejo profesor o un abuelo intransigente es, por Dios, que lean a los clásicos porque Quevedo existe y Garcilaso y San Juan de la Cruz y don Antonio Machado. No vivir de esa maldición del *best seller*, el libro que se debe leer, sino leer, por ejemplo, las novelas de Galdós que son bastantes buenas. Cada vez que las leo me parecen mejores. Hay una novela de Galdós, que se llama *Tormento*, que me resulta extraordinaria.

–En una entrevista otorgada a Jacobo Sefamí usted decía que estaba trabajando en un proyecto que se llamaría Suite francesa y que se trataría de una serie de poemas sobre la historia de Francia, principalmente de la Edad Media. ¿Cómo va ese proyecto, ha seguido trabajando en él?

–No, es algo que por ahora tengo suspendido. Me quedó solamente un poema que hice a San Luis rey de Francia, que es mi santo patrono.

–¿Y Maqroll, se va a quedar anclado en esos astilleros abandonados en Pollensa?

–No, en realidad es Maqroll quien me impide escribir poesía. Ahora lo tengo viviendo un grave riesgo en el que temo que pueda perder la vida. Está acompañando a Jamil que ya es un adolescente y se halla vinculado a las guerrillas libanesas.